

*Nuestra Señora de París* y más tarde a *Los Miserables*, los *Trabajadores del mar*, *El hombre que ríe*, *Noventa y tres*; los libros, folletos y discursos *Claudio Guex*, *El último día de un condenado*, *Napoleón el pequeño*, *Antes del destierro*, *Guillermo Shakespeare*, *Durante el destierro*, *Después del destierro*, y en esta materia no quiero mencionarlo todo, ni siquiera los folletos en verso, y aparte, y a veces por encima de eso, la obra del dramaturgo, suficiente para una vida como labor y para una gloria como éxito: *Hernani*, *María Tudor*, *Marion de Lorme*, *Cromwell*, *Los Burgraves*, *El Rey se divierte*, *Tisbe*, *Ruy Blas*, la formidable *Lucrecia Borgia*, y ya junto al sepulcro, *Torquemada*.

Las variaciones progresivas de su pensamiento,—lo que el vulgo necio llamaba sus inconsecuencias,—fueron muy atacadas; empezó su tarea como monárquico ferviente y al morir bien podía mirársele como socialista: él mismo ha parecido querer retratarse en aquel Mario de *Los Miserables*, hijo de una legitimista y de un bonapartista, exactamente como Hugo, que pasa de la fe de su madre a la de su padre antes de llegar a ser republicano. Portaestandarte en Francia del siglo XIX, su pensamiento sufrió los vaivenes de su tiempo; experimentó la piedad profunda con que la Francia después de la fiebre revolucionaria y la epilepsia de la época imperial, se empeñó por una hora en restaurar la venerable